

ÁNGEL GARCÍA DE LA ROSA

Llegar a Gallocanta es penetrar en un territorio fronterizo. A lo largo de la historia siempre lo ha sido y en los mapas todavía hoy se perciben costurones provinciales o autonómicos. Las viejas sierras que lo rodean parecen aspirar al cielo, encerrando entre sus brazos un vasto altiplano dominado por la presencia de la famosa laguna. Todo el espacio se organiza en torno a esta lámina de agua, auténtico centro orientador de los pueblos que allí habitaron. La mentalidad arcaica la hizo serpiente líquida, límite acuático del país de los muertos, puerta de entrada al otro lado del espejo, tierra de confín donde consciente e inconsciente pierden sus perfiles y adoptan una personalidad brumosa, sensible a las señales otrora imperceptibles, con el ánimo receptivo para acoger sin sorpresa mensajes silenciosos, palabras para el corazón que aguardan en el recodo imprevisto del camino.

Este paraje tan singular sólo es comparable al de otros similares en las altas planicies de Turquía o el Irán. La meseta, la laguna y sus montañas son los principales hitos de una línea del cielo que ha sido oteada durante siglos, guardando en los cajones del cerebro una forma determinada de interpretar el mundo, la imagen específica de una tierra generosa y, a la vez, muy exigente con su diezmo de sudor humano. Nunca debió ser fácil la vida a mil metros de altitud y sin embargo los hombres dejaron un rastro profundo y todavía fresco. La magia de sus ritos, la magia de los nombres, la magia en el paisaje. Todas ofrecen un mensaje a los que vienen en su busca y, por si acaso desfallecen o llegan a olvidarlo, el Gallo que Canta les recuerda cada amanecer que el mundo renace, que es posible renovarse y superar el lastre de las dificultades asociadas al empeño de vivir.

Aquí sin duda el ser humano se siente más cerca de los dioses, pues la altitud y anchura de horizontes favorecen una atmósfera especialmente límpida, donde el sol muestra en plenitud su inagotable gama de colores, mientras que la noche ofrece espectaculares secuencias estelares. Las imágenes y la materia de esta tierra han servido para dar sentido a la existencia de quienes vivieron junto a ella experiencias definitivas. Caminar por su laberinto nos devuelve al ritmo antiguo. Es seguir

una vía de estrellas que conduce desde la remota prehistoria hasta la realidad interior de nuestro presente, proporcionándonos la piedra angular desde la que asaltar los cielos del futuro.

En Gallocanta evocar supone reconocer.

LA DIOSA QUE ATA O LA VERDADERA HISTORIA DE UN BUEN ACUERDO

Si buscamos un lugar propicio para iniciar el peregrinaje por los territorios de Gallocanta, sin duda habremos de dirigir los pasos hacia el santuario de la *Virgen del Buen Acuerdo*. Se encuentra en un paraje donde se abrazan la tierra y el agua, alejado del escenario habitual en el que se desarrolla la vida cotidiana de los pueblos ribereños. Nos aguarda sobre una pequeña loma, el *Cerro de las Piedras*, un término cuya redundancia recuerda ciertos lugares rituales en los que el viajero arroja una piedra al pasar, reforzando de este modo la marca del sitio sagrado. En el sur de la India a estos amontonamientos se les denomina *Ammas*, diosas locales que protegen los poblados, mientras que para los aborígenes australianos constituyen las llamadas *Líneas de Canto*, una especie de hitos establecidos por antepasados míticos creadores del paisaje.

La ermita del Buen Acuerdo constituye el paradigma de los cultos populares en el altiplano y antaño su romería era la más concurrida en cuanto a número de pueblos participantes. Por su aspecto y ubicación tiene todos los visos de tratarse de un paraje consagrado desde la más remota antigüedad. Uno de esos puntos focales del paisaje que reflejan el sentimiento de identidad espiritual. Perfectamente pudo tratarse de un *nemeton* celta sobre la colina de piedras, en mitad del bosquecillo que debió rodear la laguna y con una orientación solar y panorámica privilegiadas. Durante siglos fue habitado por sucesivos ermitaños que encontraron aquí un sentido trascendente a su existencia, viviendo junto a la Virgen y ejerciendo de guardianes de una tradición local de cuya pujanza daba fe el propio santuario.

Actualmente nos encontramos con una ermita rehabilitada y uno de los escasos ejemplos del románico al sur de la raya del Ebro. Conserva en su estructura todo el simbolismo inherente a los templos de todos los tiempos y culturas. Simplemente hay que hacer el esfuerzo de leer las claves. Su techo es una figuración del cielo que fertiliza, mientras que el suelo simboliza la tierra nutricia. Muros y columnas representan a los fieles que sustentan a la Iglesia, así como los caminos de doble dirección que conducen de lo humano a lo divino. En clave de mito cristiano, la planta de cruz nos recuerda el sacrificio del dios redentor, pero también las cuatro direcciones en que se organiza el cosmos. Las que sigue la danza del sol para señalar el paso de un tiempo cíclico que siempre vuelve al comienzo, ese punto cero del No Tiempo que supone un eterno presente. Desde su portada uterina, situada en el lado del ocaso, es posible trasponer el territorio sagrado e iniciar un camino hacia el sol naciente que, desde los ojos del ábside, envuelve con su abrazo luminoso la imagen de una diosa sedente.

Precisamente en esa gruta iniciática que reproduce el ábside aguardaba la Virgen. Sobre el eje cósmico de un altar de piedra fijado en el ombligo de la tierra, canal de comunicación de poderosas energías entre el inframundo y la esfera celestial con parada en Gallocanta. La misma *pedra leal* sobre la que se apareció y quiso ser venerada. Actualmente se encuentra oculta por las tablas de un ostentoso retablo barroco al que se le añadieron unas puertas de acceso, esfuerzo absurdo si no fuera por la relevancia simbólica de este menhir cristianizado. Pues a pesar de la despoblación y el descreimiento que ha convertido a muchos santuarios rurales aragoneses en olvidadas osamentas solitarias, aquí todavía hoy se conserva activa la fuerza de los viejos ritos. Y es que cuando alguien en la redolada de la laguna se siente afectado por una necesidad que le desborda, peregrina con sus deudos hasta la ermita de la Virgen. Una vez en su interior, el peticionario deberá abrir los portillos bajo el altar e introducirse en el pequeño cubículo. Cuando sus acompañantes cierran desde fuera quedará a oscuras y de rodillas. De esta guisa, y mientras musita con fervor su petición, debe dar hasta tres vueltas alrededor de la columna en el sentido de las agujas del reloj.

Es esta una interesante variante de rogativa individual relacionada con la naturaleza mágica de la piedra. En su incómodo deambular el fiel gira sobre el pilar numénico, en obligado roce con la tierra y siguiendo el recorrido del sol. Es un intento de forzar su ciclo de estaciones, de empujar al tiempo para que se acelere, para que deje atrás las dificultades del presente y alumbre una nueva fase en que se haga realidad el ruego que repite como un mantra. Un proceso que, no por casualidad, tiene lugar a oscuras, en un habitáculo tan íntimo y críptico que prefigura perfectamente lo que es: el hueco matriz de la diosa Madre encarnada en su santuario. El único sitio donde pueden gestarse los misteriosos procesos de la alquimia, de la magia o del milagro. Sea como sea, de la eficiencia de la intermediación de esta Virgen daban fe los numerosos exvotos que jalonaban su ermita y que ya han desaparecido en aras de una moderna liturgia más aséptica.

La figura de la Gran Madre protectora y generosa ha estado y está presente en toda manifestación religiosa de la humanidad. Desde las llamadas Venus prehistóricas hasta nuestra Vírgenes cristianas se puede establecer una línea de continuidad cuyos principales hitos llevan los nombres de Inanna, Astarté, Demeter, Isis, Cibele o las célticas menos conocidas como Epona, las tres Matres y Danan. En el siglo XII este rico sustrato daría lugar a una auténtica explosión de apariciones marianas por los cuatro puntos cardinales de Occidente, siendo una de ellas precisa-



Imagen de la Virgen del Buen Acuerdo



La ermita antes de la restauración ejecutada en 1987 (dibujo de Carlos Pardos)

mente la titular del santuario gallocantino. Cuenta la tradición que la encontró una pastorcilla que por allí andaba cuidando de su rebaño. Según declaró la niña, se trataba de una hermosa señora iluminada por un *resplandor de luna* y alzada *sobre una piedra*, la misma que ya hemos visto realiza los milagros. La Virgen le habló con dulzura de su deseo de erigir justamente allí un santuario y mostró su voluntad dadivosa enviándola a casa para que encontrara *el pan que necesitaba*, no sabemos si de blanco trigo o más bien alimento para el alma.

La única prueba del prodigio es la talla románica que hoy se custodia en la parroquial para librarla de desaprensivas manos. Representa ésta a una reina con su hijo sobre el trono del mundo y coronada con las estrellas del cielo. Su túnica granate figura la tierra fértil abrazada por el manto dorado, solar. De la unión brota un niño vestido de verde como el trigo en primavera. Con sus grandes manos nos ofrece el pan de vida, mientras alienta a la búsqueda espiritual con la fuerza de su mirada. Dice la leyenda que intentaron llevarla varias veces a un templo en poblado y que siempre volvía a encontrársela en el solitario *Cerro de las Piedras*. También se dice que la disputaban entre dos comunidades, acordándose un arbitraje que consistió en soltar un objeto de barro por la pendiente de dicha colina. Si rodaba hacia abajo se la llevaba el poblado rival, pero si volteaba hacia arriba quedaría en poder de Gallocanta. Como no podía ser de otra manera, se obró el milagro y la Virgen permaneció definitivamente ligada a la laguna.

Pero sin duda el aspecto más relevante de este mito gallocantino es su nombre. La Virgen lacustre del *Buen Acuerdo*, con anterioridad lo fue simplemente del *Acuerdo*, ejerciendo presumiblemente una función similar a la céltica *Bandua*, deidad de carácter acuático a la que se recurría para sacrificar los acuerdos o los juramentos. Pero la cosa se complica o se aclara, según se mire, cuando sabemos que en los documentos más antiguos consta como una *Virgen de la Cuerda*, al parecer porque cuando la encontraron llevaba una sogá al cuello. Este símbolo la singulariza al extremo, pues no hay ninguna otra Virgen conocida cuya advocación esté referida a

una cuerda. Existe una *Virgen de la Cinta* (o *en-cinta*), una Virgen del *Rosario* (originariamente hecho de cuerda), cuerdas que representan la lluvia fértil colgando de los cielos, cuerdas de plata que unen el cuerpo al espíritu, brujos que atan las tormentas con cuerdas, sogas que se convierten en serpientes, múltiples collares similares a cuerdas presentes en muchas divinidades ibéricas o célticas. Pero no hay ninguna virgen o diosa de la antigüedad identificada directamente con una cuerda. Salvo una sola excepción: la triple diosa celta *Bodh*, asociada a un complejo y rico simbolismo. Aparece representada por una triada femenina, con cuerdas colgando del cuello, que excita a los hombres al combate y se encarga de guiar al espíritu de los héroes muertos hasta el Más Allá. Una especie de ánima o arquetipo femenino oculto en el inconsciente del varón que le seduce, le conduce o descarría. Se la identifica con el negro cuervo (en celta *Bodh*), carroñero habitual entre los despojos de las batallas. En realidad *Bodh* sería la hermana de *Macha* y *Dana*, con quienes comparte los tres aspectos de la gran reina maternal irlandesa, en su versión de diosa iniciadora a los combates del amor y de la guerra.

También se la asocia con el mítico caldero celta del conocimiento y de la regeneración cuyo contenido proporcionaba, a quien reuniera méritos suficientes, la iniciación o resurrección a una nueva vida. Recipiente repositivo a propósito del cual se produce una interesante conexión con esta misteriosa *Virgen de la Cuerda* que apunta maneras de psicopompa. Pues las enfermedades o los males eran considerados ligaduras en la antigüedad, mientras que lazos y nudos fueron atributos de los genios de la muerte. Con ellos se sujetaba el alma de los difuntos y tal vez por ello en muchas tumbas prehistóricas aparecen esqueletos en posturas forzadas, encontrándose a su lado restos de cuerdas que, presumiblemente, servían para atar o envolver al cuerpo. De esta forma les resultaba imposible abandonar la tumba e intranquilizar a los vivos.

Ambas advocaciones *Cuerda* y *Auerdo* son la reminiscencia del vínculo establecido allende los tiempos entre el pueblo del altiplano y la resplandeciente divinidad. Ella es la Gran Madre que ata y desata existencias, encargada de atender a su comunidad junto a la laguna, puerta de acceso al abismo caótico del que todo procede y al que todo regresa. Un ámbito acuático de renacimiento, reflejo del cielo en el que los hombres debutan como dioses. La ligadura o el sueño (a veces eterno) se identifican con la condición humana sometida al mundo dimensional y matérico, mientras que la redención de lazos que representa la Virgen o el despabile que simboliza el Gallo manifiestan la libertad que otorga experimentar la transcendencia. Gallocanta, como su nombre indica, es una tierra del despertar custodiada por un numen femenino y acuático que va acompañada de un acólito crestón.

LA MAGIA DE LOS NOMBRES O EL COMPAÑERO DE LA DIOSA

El hombre pretende organizar el mundo convirtiendo la naturaleza en medio cultural mediante el lenguaje. Poniendo nombre a sus espacios de referencia intenta aprehender su esencia y sentirse él mismo creador. Así que alguien, en algún momento, decidió que era necesario adoptar determinados sonidos para definir e

identificar el paisaje de la laguna. Fue una apuesta audaz pero no vana, pues lo cierto es que gracias a aquella voluntad anónima hoy, miles de años más tarde, la palabra *Gallocanta* genera todavía un multitudinario revivir de emociones. Ya se trate de los que tuvieron el privilegio de despertar a la vida junto a sus aguas o bien de quienes arribaron hasta allí, atraídos por las señales que la naturaleza en estado puro parece mostrar en determinados lugares tenidos como mágicos. Estas cuatro sílabas encierran por tanto una carga de significado hondo que el tiempo ha ido transfiriendo de generación a generación, pasando por culturas que lo transcribieron en idiomas muy dispares, hasta llegar a nuestro presente en forma de enigma.

En su aspecto actual evoca la garrida efigie del rey del corral despertando al mundo mientras el sol de amanecida lo perfila en lo alto de una tapia anónima, preferiblemente con vistas al agua. Ciertamente este *Gallo* que *Canta* no parece nombre indicado para una laguna, aunque tan peculiar topónimo encaje bien con la excepcionalidad del lugar. En cualquier caso está ahí, identificando al principal hito del altiplano e incluso a uno de sus pueblos ribereños. Por los escasos datos disponibles sabemos que existió un *Allucant* bajo medieval que al cabo de cien años, en el siglo XIII, aparece citado con la denominación actual de *Gallocanta*. Más tarde un erudito decimonónico daría la noticia de que por los alrededores debió existir una ciudad celtorromana con el nombre de *Lucantum*. Parvos pero significativos datos con los que abordar los interrogantes básicos sobre quienes fueron los más antiguos pobladores de la laguna, la forma en que la nombraron y el sentido que para ellos pudo tener.

Sabemos que por allí estuvieron aquellos hombres de las cuevas que empleaban la piedra para todo, pero que desafortunadamente nos dejaron escasos rastros materiales y ninguna palabra. Los primeros pobladores históricos en sentido estricto serían pues gentes celtas, concretamente de la tribu de los *Belos*, una de las principales de aquellos Celtiberos que pelearon en defensa de su libertad y su tierra mucho antes de que lo hicieran los Galos contra César. La guerra que iniciaron desde su cercana capital, Segeda, provocaría nada menos que la modificación del calendario oficial de Roma y daría lugar a episodios tan épicos y desesperados como el de Numancia, pereciendo en llamas por oponerse a un imperialismo invasor en pleno auge.

Pero a pesar de la derrota inevitable, cierta justicia poética que a veces acompaña a la historia ha conservado el recuerdo de este pueblo sobre su antiguo territorio, junto a la laguna, en la demarcación conocida como *Campo de Bello*. Allí se hablaba hace más de dos mil años una variante arcaica del celta paneuropeo y utilizaban para escribir una versión adaptada del alfabeto ibérico. Por tanto es lógico suponer que fuera en este idioma como se bautizara un paraje que difícilmente podría mejorarse para adaptarlo al gusto céltico. ¿Pudo darse una relación de continuidad entre *Lucantum* - *Allucant* - *Gallocanta*? Ciertamente es posible, pero resultaría demasiado prolijo tratar de demostrarlo. Bastará con remitirse a trabajos ya publicados sobre filiaciones y variantes de sus elementos morfológicos. Resumiendo mu-

cho, podríamos decir que todos los significados de una posible versión latinizada confluyen en un sentido de sonido mágico, ya se trate del canto del gallo, los hechizos, conjuros o ceremonias religiosas. También en territorio sacralizado por la presencia de un colectivo especial, quizá una especie de druidas.

¿Es *Gallocanta* una palabra celta?. Para saberlo deberemos remitirnos a un ámbito tan escueto como es la lengua celtibérica. De ella se sabe poco pues los celtas, como todos los pueblos que niegan la linealidad de la historia, preferían la tradición oral a la escrita y por tanto los textos que nos han llegado son muy fragmentarios y breves. Tampoco existe una *piedra Rosetta* redactada en latín y celtíbero que permita identificar algo más que los nombres o escasas decenas de palabras. Sin embargo sería precisamente este pueblo de los *Belos*, o más bien sus primos *Belaiscos*, quienes iban a proporcionar los documentos más extensos en lengua celta antigua que se conocen.

Consisten estos en una serie de textos grabados sobre bronce que desde 1970 se han ido encontrando en las excavaciones de la antigua *Contrebia Belaisca*, en la localidad de Botorrita, junto al río Huerva. Pues bien, en la primera línea del primero de ellos aparece un término que sin duda suena familiar: *Tirikantam*. Lo mismo que *Gallocanta*, contiene una estructura suturada de dos términos característica de los nombres y topónimos célticos. De hecho los filólogos lo identifican como tal y vienen a traducirlo como de «los trescientos» o más bien de los «innumerables» pues el *Tiri* (tres céltico) tiene siempre sentido intensivo (una triple diosa madre, tres grullas sagradas, un *triskele*...), mientras que la palabra *Kantam* designaría una comunidad de Cien (como el latino *Centum*) familias o comunidades, es decir, se referiría más bien a un determinado territorio o una comarca. Y si



Gallocanta y la laguna, desde la ermita

existe *Tirikantam* en celta, ¿pudo haberse dado un *Gallocanta* también?. Pues rotundamente sí. Sin salirnos del ámbito celtibérico, en el que se empleaba indistintamente el mismo signo para las sílabas *Ka* o *Ga*, encontramos nombres propios como *Kaio* o *Kalos*, cuyo significado desconocemos pero que sin duda existió, igual que existe para *Angel* el de «mensajero», sin necesidad de que todas las personas que llevan dicho nombre lo conozcan o pertenezcan al cuerpo de correos. A partir de ellos podemos derivar fácilmente hacia un *KaioKantam* o un *KalosKantam* que conservan la misma estructura formal K-K-NT y podrían traducirse por «la Comunidad de Gaio o de Galos», ya se refieran estos términos a personajes mitológicos o antepasados divinizados.

Sin embargo no fue *Gallocanta* sino *Allucant* la primera referencia documental sobre la laguna. Generalmente se acepta que la necesidad de dar sentido funcional a una palabra que (como *Aragón* para nosotros) ya no tenía significado para sus coetáneos medievales, derivaría de forma natural al de *Gallocanta* mediante un proceso de guturalización. Pero si pensamos en *Allucant*, en realidad tendremos que verla como un originario *AyuKant* - *AiuKant*. Y si con este dato buscamos de nuevo entre los bronceos celtiberos, fácilmente encontramos otro nombre propio, *Aio* o *Aius*, que encaja como un guante. Aunque tampoco conocemos su significado, sí sabemos que aparece con más frecuencia que los anteriores y que en latín, idioma indoeuropeo como el celta, existieron términos similares referidos a la acción de «decir» o «hablar» y, por extensión, a un «dios de la palabra». Pero no es esto todo pues en la cara B del llamado *Primer Gran Bronce*, una simple secuencia de nombres cuya sintaxis es bien conocida por los especialistas, aparece al final de la tercera línea un *Aiu Berkantikum*, literalmente un celta aragonés que en su tiempo se llamó *Aio* y pertenecía al clan de los *BerKantios*, lo que sin excesiva dificultad se puede traducir por los «Altos Kantios» o más bien los «Kantios de Arriba», los de un altiplano. Se trata de un término homófono de aquellos otros celtas *Cantios* que emigraron al sur de la Gran Bretaña, los mismos cuyo rey Vortigern fue tildado de traidor por emplear como mercenarios a los sajones, pueblo invasor contra el que pelearían más tarde Arturo y sus caballeros.

En definitiva, existen términos celtas para designar las posibles variantes de *Gallocanta*. Y aunque el limitado conocimiento de este idioma nos impida definir la literalidad de su significado, todas las aproximaciones nos inducen a identificarlo con la heredad de un pueblo, colectivo o antepasado míticos, con un ámbito sacralizado por la práctica de la palabra ritual o encantamiento y también con la presencia de una *pedra de poder*. Pero lo que es más sorprendente es que estas acepciones se llevan bien con la figura del Gallo que Canta, efigie totémica de una llamada divina al despertar de las conciencias y de la potencia del sonido mágico capaz de alumbrar nada menos que un nuevo día. Un gallo que esconde entre sus plumas la verdadera faz del compañero necesario de la Madre Tierra, la piedra fálica que sostiene bajo el altar a la diosa nutricia. Como aquel Atis de Cibeles, identificado con un pino y emulado por sus sacerdotes *galloi*, cuyo sacrificio propiciaba la renovación periódica de la naturaleza para activar la fertilidad de la tierra. Bionomio fecundador y fecundante que, al margen de filologías, proyecta su sentido fun-



GOZOS

de Ntra. Sra. del Acuerdo

*Si en Gallocanta habitais,
Oh divinísima Aurora,
Sed refugio y protectora
De este pueblo que ilustrais.*

Sacrario más admirable
Del Espíritu divino,
Trono del Inmenso y Trino,
Madre de Dios admirable;
Pues tan pia y tan amable
En esa altura os mostráis,
Sed refugio, etc.

A vista de la Laguna
Os pusisteis de improviso,
Se transformó en paraíso
Sosteniendo vuestra urna:
Pues tan resplandor de luna
En cielo al suelo trocáis,
Sed refugio, etc.

Sobre una piedra leal
Quisisteis ser venerada,
A Gallocanta le agrada
Con todo afecto cordial:
Pues tan franca y liberal
A vuestros hijos amais,
Sed refugio, etc.

A una pastora inocente

Quisisteis aparecer,
Favor que la pudo hacer
Digna de la mujer fuerte:
Pues tan fiel y diligente
A los sencillos amáis,
Sed refugio, etc.

Para que vuestra luz pura
De más lejos vista fuese,
Ordenasteis que se hiciese
Vuestro templo en esta altura:
Pues que la buena ventura
A todos en él prestais,
Sed refugio, etc.

Desde que os veneramos
Con título del ACUERDO,
Los pueblos todos de acuerdo
Vuestro amparo confesamos:
Pues con súplicas clamamos
Y a nadie en él deshauciais,
Sed refugio, etc.

Por Vos, con mucha verdad,
Confiesa el Campo de Bello
Que esta tierra pone sello
En acudir por piedad:
Pues vuestra suma bondad,
Tanto en ella declaráis,
Sed refugio, etc.

Los que acuden con anhelo
Y fervores peregrinos,
Hallan socorros continuos
Temporales y del cielo:
Pues a todos el consuelo
Humano y divino dais,
Sed refugio, etc.

Este pueblo parroquial
De Gallocanta la fiel,
En obsequiarle por él
Se esmera tan especial:
Pues vuestro Trono imperial
En regocijo llenais,
Sed refugio, etc.

Los pueblos Berrueco y Cuerlas
Acuden agradecidos,
Presentando compungidos
De amor encendidas velas:
Pues al punto les revelas
El *Fiat* que despacháis,
Sed refugio, etc.

*Si en Gallocanta habitais,
Oh divinísima Aurora,
Sed refugio y protectora
De este pueblo que ilustrais.*

ORACIÓN

Conceded, Señor Dios, os suplicamos, a vuestros siervos el gozar de perpétua salud en el alma y en el cuerpo; y que por la gloriosa intercesión de la Bienaventurada siempre Virgen María del Acuerdo, se vean libres de la tristeza de esta vida, y disfruten de las alegrías de la eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amen.

Regalo por L. del M. a Ntra. Sra. del ACUERDO

Precio: 10 céntimos.

cional en el acuerdo secular que ata las voluntades de una diosa lagunar y un pueblo de altiplano.

EL RECUERDO DE LOS TIEMPOS PRIMIGENIOS

Rituales en Gallocanta, tan cerca ya del cielo, los hay numerosos, originales y de profundo sentido. Todos reproducen, a conciencia o sin saberlo, mitos que pertenecen a épocas remotas y refieren tradiciones cuya representación tiene la virtud de suspender el tiempo, devolviendo a los hombres a la época en que se generaron. Como las hogueras que en todos los pueblos se prenden al final del invierno invocando, con miedo y esperanza, el fértil resurgir de una tierra que ya duerme demasiado. Más tarde, en primavera, serán los *maios* la ocasión y excusa para manifestar esa vitalidad descontrolada que emana de los jóvenes cuerpos. Los mozos los erigen, los escalan, tratan de robárselos a los vecinos, reproduciendo una incruenta guerra de guerrillas tan antigua como sus ancestros. Mientras tanto las mozas se dejan cortejar, acariciando el aire con las pestañas para provocar desasosiegos. Todos juntos acudirán a esas peregrinaciones colectivas hacia los cerros sagrados, solicitando lluvias o protecciones, caminando hasta donde habitan los últimos herederos de los viejos dioses transfigurados por el santoral cristiano. Entre cruces y banderas piadosas abundan los símbolos paganos que evocan las fuerzas generatrices de la naturaleza, adornando efigies de madera entre las que predominan los rostros femeninos y el talante dadivoso. Son los patrones y patronas a quienes, como a todo jefe de aldea celta, es preciso sacar a hombros sobre el escudo para renovar periódicamente la soberanía del territorio, el contrato de alquiler establecido entre la comunidad humana y la tierra que la sustenta.

Pero sin duda el ritual más significativo es el que nos habla de un auténtico año cero, el tiempo mítico en que tuvo lugar aquella terrible lucha entre la luz y la oscuridad que hoy se conoce como el *Dance*. En Gallocanta el Dance se dedica a Nuestra Señora del Buen Acuerdo. Su estructura es similar al de otras muchas localidades, comenzando por la denominada *pastorada*, un homenaje a la patrona oficiado por pastores nómadas para la comunidad sedentaria. Este momento también se aprovecha para ejercer cierta crítica moralizante a la vecindad y a sus poderes fácticos, aludiendo con socarronería a los principales acontecimientos ocurridos durante el año. A continuación se representa una pugna entre dos bandos organizados que figuran las fuerzas del bien y del mal, en este caso de moros y cristianos capitaneados por un oficial. De parte de los sarracenos se pone el Diablo, personificación del caos, cuya pretensión es acabar con la fiesta y destruir el poblado. Pero afortunadamente para los cristianos es la Virgen quien los protege así que, tras una serie de disputas simbólicas, los moros acaban vencidos y convencidos, negociando su conversión a cambio de una oportuna resurrección milagrosa.

El verdadero núcleo de todo este complejo litúrgico es sin duda el llamado *palotian*, un baile de raíces neolíticas que se ha querido interpretar como danza guerrera, ritual de propiciación de la divinidad o de fecundación de la tierra, a la que se golpea con espadas o fálcos palos. Tras repetir una serie de movimientos codificados o *mudanzas* de

evidente carácter solar, los soldados danzantes representan el *degollau*, una mudanza final en la que rodean al diablo y lo inmovilizan. Es entonces cuando aparece un niño Ángel, enviado por la Virgen, que sube a sus espaldas para proferir un grito de alabanza a la diosa victoriosa. El diablo regresa entonces a sus abismos infernales, mientras los hombres celebran gozosos la presencia de la Virgen de la Cuerda y rememoran la historia del Acuerdo, renovando así sus votos con la Gran Madre protectora.

Basta rascar un poco sobre esta aparentemente ingenua manifestación de folclore para encontrar significados de gran calado. El *Dance* en su conjunto es una representación del mito universal que describe al cosmos surgiendo del caos, una regeneración periódica imprescindible para soportar el desgaste de la historia. La necesaria aniquilación de un tiempo ya caduco, demasiado contaminado por la mancha del pecado colectivo en la visión cristiana, se inicia con la exposición pública de las faltas cometidas que representa la *pastorada*. Este intento de hacer borrón y cuenta nueva genera una inevitable tensión entre las fuerzas disgregadoras y aglutinadoras, los poderes de la luz y de la sombra personificados en los danzantes. La pugna desemboca inevitablemente en la derrota del diablo y el caos que representa, dando lugar a una nueva e impoluta edad de oro presidida por la diosa de los orígenes.

Es una versión remasterizada de los antiguos ritos de primavera que en la tradición arcaica simbolizaban el final del invierno, el sacrificio del viejo rey impotente al que había de reemplazar, enviándolo de regreso al ámbito de lo informe y oscuro, similar al inframundo luciferino, para sustituirlo por un joven monarca señalado por los cielos que se identifica con el Ángel niño. Al subirse a la chepa de la vieja autoridad, estéril y agotada, para explicitar su vasallaje a una diosa fértil que encarna la soberanía, no hace sino repetir el gesto mañanero del gallo sobre la espadaña, cacareando a los cuatro vientos la nueva alborada que reproduce el milagro de la luz y la continuidad de la vida.

LOS MIL CAMINOS DE UN PAISAJE SIMBÓLICO

Hay que recorrer los caminos humildes y solitarios para aprehender el verdadero espíritu de esta tierra. Levantarse con el alba todavía vestido de bruma y dejarse abrazar por el viento de la paramera para espiar el primer vuelo de las grullas. Subir a todos los castillos, a los abrigos, a los recintos rituales olvidados, atisbar en ermitas y parroquiales, vagar por los rincones de los pueblos, visitar el centro de interpretación de la laguna, descubrir los sillares celtíberos, las fuentes curiosas, los pozos que han saciado la sed de siglos, tomar un licor en la taberna, preguntar a los parroquianos, acudir a sus fiestas, disfrutar de la noche estrellada en una de las atmósferas más límpidas y privilegiadas del mundo, acariciar con los ojos el ondulante perfil de sus colinas, esconder un poema entre las piedras, esperar el retorno vespertino de las grullas...

La medida es la mirada, así que desde *Valdelacasa* hasta el río *Piedra*, desde la sierra de *Pardos* hasta los páramos de *Blancas* es preciso seguir la estela del sendero y su-

bir hasta donde sea preciso, quizá a la geoda de *Santa Cruz* o mejor aún al *Berrocal*, para compartir con el cielo un atardecer sencillamente imposible. Borear la solitaria laguna de *Guialguerrero* y su enigmático santuario. Gritar en las grutas de *La Zaida* reclamando los sonidos que el viento, esposo de la luna y padre de las yeguas, robó en un pasado ya remoto. Perdersé por los interminables meandros de un río que por guardar pertinaz silencio terminó por hacerse *Piedra*. Sentarse sobre el tocón ya seco de la vieja *Olma* que nos habla de esplendores a su sombra, de encuentros gozosos, de bailes y lifaras. Perseguir a las serpenteantes aguas que fluyen y refluyen en múltiples arroyos, *ojos* y *navajos*, humedeciendo las *dulas* y alimentando a los cimbreantes carrizos que danzan en honor del sol y de la luna. Acechar desde los *Picos* como la diosa de la laguna extiende sus largos cabellos por la superficie del agua, creando una mágica pátina de plata o de sal, pues de lejos apenas se percibe diferencia. Si aguardamos con paciencia llegaremos a escuchar cómo la brisa nocturna expande sus delicados cantos de amor junto al olor a tarquín y romero, cautivando a los caminantes solitarios que se sienten transportados a ese Otro Mundo en el que la vida supone un deleite indefinido.

En Gallocanta hay espacios para todos: naturalistas, amantes de la historia, coleccionistas de paisajes, deportistas aguerridos, recopiladores de folclore, enamorados perdidos, buscadores de la Tradición... todos los que persiguen la paz de un lugar hermoso. El tiempo se limita a hacer posible la evolución de las cosas, pero su influencia es secundaria y aparente puesto que también se regenera sin cesar. Hay que andar pausado, mirarlo todo. Buscar la muralla oculta de **Bello** o intentar descifrar el misterio de su cruz callejera. Asombrarse con el extraordinario nevero de **Used** y observar el juego de los Bolos. Rememorar la vida cotidiana de nuestros ancestros en el recoleto museo de **Berruenco**. Rodear por tres veces cualquiera de los peirones de **Tornos** musitando una plegaria. Reposar un instante entre los viejos muros celtíberos del cerro de **Las Cuerlas**. Repasar con el dedo las misteriosas señales que dejaron los templarios en **Castejón**. Acercarse desde **Torralba de los Frailes** a los laberínticos cañones del Piedra, antaño poblados por bandidos. Caminar de atardecida por las calles concéntricas de **Cubel**, el pueblo más alto de la provincia. Aguardar en el camino de La Olmeda la procesión de mujeres que llega de **Santed**. Acercarse hasta **Aldehuela de Liestos** para interesarse por el olvidado oficio de los carboneros. Contemplar en **Odón** las casas solariegas que nos hablan de un pasado efímero donde los apellidos lo eran todo. Visitar **Torralba de los Sisonés**, conocido por sus pájaros y por las ruinas de un castillo donde se dice que anduvo el invencible Campeador. Y en **Gallocanta** rendir homenaje a la Virgen del Buen Acuerdo y alojarse en su albergue.

En Cielo al suelo trocáis, dijeron los hombres de la diosa encarnada en la laguna. Bastará con poner nuestro deseo en su mano para que germine adoptando formas de ensueño.